

rable en que fuesen igualmente detestados por la Iglesia por sus costumbres, y por los reyes por su arrogancia. La de los templarios, habiendo acabado su mision, dejaba en el abandono los intereses de la Iglesia para ocuparse de los goces terrenales; era una culpa; pero Felipe no tenia competencia para castigarla. Debe reconocerse, con un cronista contemporáneo, que las riquezas de los templarios escitaban la codicia, y que no se podia coger la miel sin quemar las abejas. El horror que inspira aun este hecho, entre tantos otros más atroces ó sangrientos, demuestra que parece á los hombres la iniquidad más execrable cuando se cubre de formas legales (23).

Felipe era el más hermoso de los soberanos de su época; sus tres hijos, que reinaron después de él, con los nombres de Luis X, Felipe V y Carlos IV,

(23) F. PIPINO, *Chron.*, c. 49. San Antonino, arzobispo de Florencia, dice (p. 3, art. 21, número I, cap. 1) que los crímenes de los templarios habian sido inventados por la avaricia para despojarlos. Los abogados contemporáneos están de acuerdo en proclamar su supresion como una iniquidad. Alberico de Rosate en el *Dict. juris*, en la voz Templario dice: *Erat magnus ordo in Ecclesia... Sicut audivi ab uno, qui fuit examinatus causa et testium, destructum fuit contra justitiam, et mihi dixit quod ipse Clemens protulit hoc. Et si non per viam justitiae potest destrui,*

eran tambien de notable hermosura; no obstante esto á los tres hicieron traicion sus mujeres. Dícese que Juana de Navarra, mujer de Felipe el Hermoso, atraía á galantes citas á los estudiantes más robustos y los hacía arrojar desde la torre de Nesle al Sena, las otras dos reinas convictas de adulterio fueron rasuradas, vituperadas, aprisionadas y muertas al mismo tiempo que sus amantes, desollados, castrados y suspendidos por los sobacos, y sus cómplices entregados á tormentos atroces. Se trataba en esto de crímenes reales ó de intrigas en los procedimientos ejecutados por los legistas? De todos modos es cierto que Felipe el Hermoso, que por el divorcio con su mujer, hubiera debido devolverle el Franco Condado que ella habia llevado en dote, la hizo declarar inocente, y que la mala conducta, real ó supuesta, de sus nueras, affigió los últimos dias de aquel rey, que murió después de veinte y nueve años de reinado (noviembre de 1314).

destructor tamen per viam expeditentia, ne scandalicetur charus filius noster rex Francia. Es curioso comparar la abolicion de su orden con la de los jesuitas. En el breve relativo á estos últimos, Clemente XIV cita la supresion de los templarios como sugerida por simples motivos de prudencia, análogos á los que le hacian obrar á él.

CAPÍTULO VII

CASA DE VALOIS.—GUERRAS DE FRANCIA CON INGLATERRA.

Luis X.—Mantenidos en respecto ó en equilibrio los elementos de que se componia el reino por Felipe el Hermoso, volvieron á desordenarse bajo Luis X, sobrenombrado el *Hutin* á causa de los caprichos de su infancia. Acreditó sobre el trono un carácter débil, benévolo y alegre. En su tiempo los feudatarios, los concejos, las provincias, se querian hacer independientes; los señores ambicionaban las franquicias de la espada, la libertad del cuchillo, la justicia que por via de impuesto (*épices*) daba al juez noble el tercio del objeto que se litigaba; y para desaprobare el sistema del predecesor se hacian la guerra los favoritos de éste. Marigny, intendente de rentas, acusado de sortilegio, se ahorcó para no ser ahorcado como habia sido su familia; el pueblo tenia el triste consuelo de ver en las horcas los instrumentos del rey anterior, pero para ver alzarse otros nuevos, y especialmente Carlos de Valois, que en verdad puede decirse que reinó mas positivamente en Francia que en los muchos reinos cuyos títulos llevó. Luis, para proporcionarse dinero, permite á los judios que vuelvan á sus Estados, concede enseguida libertad á todos aquellos de sus súbditos que pueden pagar su emancipacion, beneficio inmenso debido á la avaricia, y tan mal comprendido por los siervos, que hubo necesidad de obligar por fuerza á muchos de ellos á aceptarlo.

Felipe V.—Habiendo muerto Luis X sin dejar hijos varones (1316), pretendieron la corona Felipe el Largo, y una hija; pero como era la primera vez que se trataba de una sucesion colateral en la casa de Hugo Capeto, fué puesto en discusion el derecho de los dos herederos, y los abogados adujeron la ley germánica que excluía á las mujeres de la facultad de poseer en tierra sálica. El motivo era absurdo, atendido á que esta ley era concerniente á la propiedad y no á la política, y que además habia caido en desuso. Y es que los hom-

bres de Estado no sospechaban ciertamente cuán provechosa seria con el tiempo esta ley á la Francia, pues hubiera evitado aquellas guerras dinásticas, oprobio de los cuatro últimos siglos, que llevaron á Italia á los franceses, á los españoles y á los alemanes; hicieron á la España, es decir, á la mitad del mundo, herencia de un príncipe flamenco, sobrino de la heredera de Borgoña é hijo de la heredera de Castilla, y ocasionaron las guerras de sucesion en España, en Austria y en otros Estados secundarios. Distábase mucho entonces de prever todas estas cosecuencias. En su interés propio hizo valer Felipe la ley sálica, lisonjeando á las ciudades y á las universidades. Sin embargo, á fin de proporcionarse dinero, introdujo el impuesto sobre la sal (1319), decretó la uniformidad de los pesos y de las medidas, aunque sin resultado, y dió varias leyes acerca del tesoro, del parlamento y de la paz interior.

Murió al poco tiempo sin hijos, así como su hermano Carlos IV, que le sucedió, y acabó la descendencia directa de los Capetos (1323). Felipe de Valois, hijo de aquel Carlos que fué rey en todas y en ninguna parte, era sucesor designado; pero Eduardo III de Inglaterra, que habia tenido por madre á Isabel de Francia, hermana de los últimos reyes, alegó sus pretensiones al trono. Invocóse la ley sálica nuevamente; y es muy notable que los partidarios del príncipe inglés no impugnaran su significacion literal, sino su espíritu, como si escluyese á las mujeres como débiles para tan noble feudo y no á sus hijos. Pronunciando en favor de Felipe el tribunal de los pares y los barones, dieron principio al gran drama de la guerra inglesa.

Inglaterra.—Hallóse que los reyes de Inglaterra tenian derechos contradictorios como duques de Normandía. Hubieran debido procurar extenderse en su isla, avasallando y fundiendo los pueblos.

contumaces. Pero no se sintieron con valor para abandonar sus posesiones de tierra firme, que al mismo tiempo que les hacían considerar como extranjeros en sus Estados insulares, les reducían a la condición de hombres ligios del rey de Francia. Por su parte los soberanos de este reino tenían por tarea indicada extender su territorio hasta sus límites naturales, y desposeer á aquellos vasallos poderosos, á quienes quitaron en efecto la Bretaña, el Poitou, el Anjú, la Turena, el Maine y hasta la Normandía, su feudo originario. No quedaba á los ingleses más que la Guyena, y todos sus esfuerzos propendían á conservarla, como los de los franceses á espulsarles de este territorio. Ya Felipe el Hermoso lo había invadido, mientras que Eduardo I estaba ocupado en apagar en Escocia las insurrecciones renacentes; pero se había visto obligado á restituírsela; y aunque hubiera dado á este príncipe la mano de su sobrina y la de su hija Isabel á Eduardo II, precisamente estos matrimonios fueron los que atizaron el incendio.

Eduardo II.—A este Eduardo I, considerado como fundador de la libertad inglesa, sucedió su hijo Eduardo II (1307). Este príncipe, en la flor de su edad, si bien sin otra energía que la de la obstinación, pidió al papa permiso para darse friegas con un aceite maravilloso que infundía denuevo, lo cual no le impidió dejarse conducir por jóvenes sodomitas y favoritos (1). De este número era el gascon Pedro Gaveston á quien creó conde de Cornualles, colmándole de poder y de riquezas. Le dejó al frente de su reino mientras iba á contraer matrimonio con la bellísima Isabel de Francia: después, á su vuelta, le dió todos los regalos que había recibido de su suegro. Indispúsose la reina con él lo mismo que todos los señores ingleses, que guiados por Tomas de Lancaster, exigieron el alejamiento del insolente extranjero, en términos, que al mismo tiempo que denigraban al protegido,

(1) «Hé aquí el juramento que prestó al tiempo de su coronación:

—«Señor, ¿quereis otorgar, confirmar, observar y asegurar con vuestro juramento al pueblo de Inglaterra las leyes y costumbres que respetaron los antiguos reyes de Inglaterra, vuestros antecesores, justos y devotos respecto de Dios, y especialmente las leyes, costumbres y franquicias concedidas al clero y al pueblo por el glorioso rey san Eduardo, vuestro antecesor?—Los otorgo y prometo mantenerlos.

«Señor, ¿quereis defender á Dios, á la Santa Iglesia, al clero y al pueblo, y la paz y armonía en Dios en lo que podais?—Los defenderé.

«Señor, ¿quereis hacer de modo que sea observada en todos vuestros fallos igual y recta justicia y discreción en misericordia y caridad, según vuestro poder?—Haré de modo que sea observada.

«Señor, ¿consentís en que las leyes y rectas costumbres que los concejos de vuestro reino hayan elegido, sean mantenidas y observadas? ¿Las defendereis y las consolidareis en honor de Dios, según vuestro poder?—Consiento y prometo.» RYMER, III, 63.

ponían en evidencia los vicios del protector. Juró el rey hacer justicia á sus agraviados; pero enseguida se hizo absolver de su juramento por el papa, y volvió á llamar á su favorito. Entonces los señores tornaron á empuñar las armas, y obligaron al rey á que dejara reformar su casa por siete prelados, ocho condes y seis barones *ordenadores*. Esta comisión estableció sabios reglamentos, y decidió al propio tiempo que en lo sucesivo los altos empleos de judicatura, de hacienda, de guerra, serían conferidos en parlamento por los barones, que se reunirían una vez cada mes, y participarían en unión del rey, del derecho de guerra y de paz.

Así se halló dominado el reino por la aristocracia; pero el rey derogó estas convenciones y llamó nuevamente á su favorito. Entonces los confederados se reunieron y dieron muerte á Gaveston como traidor á la patria (1312). Eduardo tomó las armas; pero cuando más, pudo obtener por la mediación del legado que le dieran excusas, de las cuales se declaró satisfecho. En breve el conde de Lancaster pretendió declarar vigente la ordenanza de 1311; pero aconsejado el rey por Hugo Spencer, su nuevo favorito, atacó á Lancaster, y habiéndole hecho prisionero, le condenó á morir con otros muchos cómplices suyos. Sus bienes fueron donados á Spencer, quien adquirió tanta autoridad como odio: la misma Isabel se puso al frente de una facción para derribarle; pasó ella al continente, y tomando en Flandes á sueldo tres mil hombres, vuelve á desembarcar en la isla: marchó sobre Londres y divulgó la noticia de que su intención es librar al rey de sus favoritos. Los allegados de Spencer fueron maltratados y muertos horriblemente, y el juez dijo al rey: «Yo, Guillermo Trussel, procurador del parlamento y de la nación inglesa, os declaro en su nombre y por su autoridad, que revoco y retiro el homenaje que os hice. A contar desde este momento os privo del poder real, y protesto que ya no os obedeceré como á rey.» Luego el gran mariscal rompió el bastón y dispensó á los oficiales del servicio.

Eduardo fué encarcelado; pero si se había hecho menospreciar sobre el trono por su lascivia y cobardía, escitó la compasión cuando se le vió tan maltratado por su esposa, que estaba en ilícitas relaciones con Mortimer. Isabel previno los efectos de esta reacción de interés, haciendo que clavarán al rey un hierro candente en las entrañas, y por espacio de tres años reinó con su amante.

Eduardo III.—Cuando Eduardo III, que había sido proclamado heredero del trono (1327), cumplió diez y ocho años, pensó en sustraerse á aquel afrentoso yugo y en vengar á su padre (1330). Habiéndose, pues, concertado con los descontentos, mandó prender á Mortimer, que acusado ante el parlamento, fué arrastrado por caballos á pesar de las indecorosas súplicas de la reina, que no se libertó de un juicio sino por la intervención del papa Juan XXII, y se vió encerrada en el castillo

de Risings, donde vivió todavía veinte y siete años.

Eduardo III manifiesta suma repugnancia á prestar homenaje á Felipe VI de Valois por la Guyena (ó Guiena) y por los condados de Ponthieu y de Montreuil, pero luego se presentó armado de punta en blanco con la corona en la cabeza, con una magnificencia extraordinaria, cuando el ceremonial exigía que prestara juramento con la cabeza descubierta, sin guantes, sin espada y sin espuelas: costó lo que no es decible, hacer que se despojara de todo, y á sus ojos fué tanta humillación, que desde entonces concibió un odio mortal contra Felipe.

¿Quién no hubiera dicho que la Inglaterra estaba tan humillada como poderosa la Francia? Principes y reyes hacían la corte á Felipe VI: desde todas partes se acudía á París, la *mansion más caballeresca del universo*, y delante del palacio de Vincennes rompieron lanzas en una ocasión hasta cuatro reyes. Pero los dos reinos de Francia é Inglaterra, cuyo origen había sido uno mismo, habían marchado con paso bien diferente. Los normandos, atrevidos conquistadores, aventajaban mucho en inteligencia á los anglo-sajones, á quienes habían vencido, pero no así los francos á los galos. La aristocracia normanda, vástago de un tronco común, experimentaba las mismas necesidades, reclamaba los mismos privilegios, y los obtuvo por la Carta Magna. Al revés la aristocracia francesa, compuesta de diferentes razas, movida por distintos intereses, estaba dividida por enemistades intestinas, seguía partidos diversos, y se contentaba con obtener dinero. Reuniéronse los obispos de Inglaterra á los barones é hicieron causa común con ellos, á la par que en Francia se hicieron sus adversarios tomando partido por los concejos. Moderándose la aristocracia inglesa en las batallas, ponía delante á los villanos, al paso que la francesa, llena de valor, se dejó matar en las batallas de Bovines, de Crecy, de Azincourt. En Francia la aristocracia tuvo que luchar con los mercaderes insurgentes: en Inglaterra se entregó personalmente al tráfico, é hizo del banco un nuevo trono. De aquí resultó que la Francia se hizo una monarquía tan absoluta, que necesitó el terrible remedio de una revolución. Por el contrario en Inglaterra, los nobles y los concejos no cesaron de hacer contrapeso al rey, quien se halló en la imposibilidad de abusar del poder.

En la época de que tratamos se reforzó la Inglaterra con un nuevo elemento, el comercio. Los negociantes italianos atravesaban la Francia para llevar al Norte las mercancías de Oriente; pero cuando Felipe el Hermoso persiguió á los lombardos, se encontró sin dinero y falsificó las monedas y aumentó las contribuciones, prefirieron la vía de Flandes, de Alemania ó del Océano. Halláronse entonces en relación directa con Inglaterra, cuyos reyes, comprendiendo perfectamente lo muy importante que les era favorecer á los nego-

ciantes extranjeros, les otorgaron un juez en Londres para administrarles justicia sumaria, y el derecho de tener en las causas concernientes á ellos, un jurado compuesto por mitad de ingleses y de sus compatriotas.

La isla, que todavía no contaba con manufacturas, proveía de lanas á Flandes, que desde entonces se encontraba en íntimas relaciones con ella. Cuando los flamencos se sublevaron contra Luis de Dompierre, su conde, y Felipe VI acudió en su socorro, supliendo estos mercaderes con fuertes armaduras y con la astucia, la falta de práctica militar, cayeron sobre el campamento del rey para apoderarse de su persona (1328), y ya estaban en su tienda, cuando sonó el grito de alarma: diez y seis mil de ellos cayeron en la pelea sin vida, y Flandes quedó sujeta nuevamente al yugo.

Dompierre envió á más de quinientos de ellos al suplicio, y para auxiliar á la Francia mandó prender á todos los ingleses que se hallaron en las ciudades de Flandes. Por represalias procedió Eduardo en Inglaterra del mismo modo respecto de los flamencos; y con la prohibición de exportar las lanas arruinó su comercio que era su vida. Reducidos entonces á la indigencia muchos operarios flamencos por falta de trabajo, trasladaron su paciente industria á Inglaterra, donde Eduardo los alentaba con halagos, á la par que el conde Luis se enajenaba cada vez más el país por la preferencia que manifestaba hácia los franceses.

El rey cervecero, 1337.—Por último, el cervecero Jacobo Arteveld, rico ciudadano, matriculado en los cerveceros, poniéndose á la cabeza de los obreros se hizo tirano, y demostró la necesidad de una alianza con la Inglaterra, sin la cual tendrían que renunciar los flamencos á tejer. Si aun quedaban algunos escrúpulos en los ánimos para lanzarse á una rebelión contra el soberano, ahuyentólos Eduardo muy en breve, reproduciendo sus pretensiones al trono de Francia, y haciendo que el emperador de Alemania desconfiase de Felipe y declarase que perdía la protección del Imperio.

Principio de la guerra de 100 años.—En estas circunstancias procedió Eduardo como hubiera podido hacerlo un rey moderno. Preceptua el armamento de todos los hombres útiles de diez y seis á cuarenta años para la defensa de las costas, y á lo largo de ellas manda disponer señales. Señala un sueldo á los del país de Gales, á quienes hace tomar un uniforme: se provee de piezas de artillería; por último, aumenta los derechos de la corona con el beneplácito del pueblo y de los mercaderes. Tomadas estas medidas se traslada al continente (1339), donde adquiere parciales, prodigando la plata y el oro, como si le *lloviese de las nubes*. Luego se le ve en la plaza de Herk, donde estaba habitualmente el mercado de pan y de carne, el cual se había adornado para aquella ocasión de tapices y de colgaduras, subir á un tajo de carnicero, cubierto de seda, y recibir con la corona

en la cabeza como vicario imperial el homenaje (2).

Batalla de Ecluse.—Comenzó por asediar á Cambray; pero la lentitud alemana, los miramientos feudales y las consideraciones astrológicas le dañaron sobremanera. Enseguida empujó en la Ecluse (12 de junio de 1340), contra la escuadra francesa y genovesa el combate más terrible que se había visto en el mar en el curso de muchos siglos. Allí perecieron treinta mil franceses, y por largo tiempo tuvieron los ingleses libre el paso al continente. Entonces Eduardo puso asedio á Tournay, cuna de la monarquía francesa, y envió á desafiar personalmente á Felipe VI, quien rehusó el cartel, acusando al que lo enviaba de felonía.

Hasta entonces la Bretaña armoricana había permanecido ajena á las vicisitudes que agitaban al mundo, conservando sus antiguas costumbres. Hallábanse constituidos allí los castillos al estilo feudal, sin que por esto hubiera sido sujetado completamente á la servidumbre germánica el plebeyo: gente pobre y tosca, que ofreció después á la Francia tantos hombres valerosos y los tres grandes capitanes Duguesclín, Clisson y Richemond. No habiendo dejado el duque Juan III el Bueno por heredera más que una sobrina, allí también se invocó la ley Sálica, y temiendo los bretones que fuera á gobernarlos un duque extranjero, es decir, francés, se decidieron por Juan de Montfort, hermano de su último señor, quien, para sostenerse, prestó homenaje al rey de Inglaterra (3). Pero el

(2) Estos hechos los cuenta Froissart con una prolijidad que agrada á causa de las particularidades.

(3) La guerra de Bretaña es de las más novelescas; el que la lea en Froissart se admirará de tantas empresas heroicas, costumbres, caracteres y acciones tan singulares. «El adversario de Montfort (dice Michelet, *Historia de Francia*, lib. V., c. I) era Carlos de Blois, un santo, el segundo de la casa de Francia. Se confesaba por mañana y tarde: oía cuatro ó cinco misas al día; no viajaba nunca sin un capellan que llevase pan, vino, agua y lumbre para decir misa en el camino; si pasaba un sacerdote se bajaba del caballo; fué muchas veces en peregrinación á pie y descalzo andando por la nieve á San Ives, patron de Bretaña; se ponía chinas en los zapatos; no quería que se quitasen los insectos de su cilicio; se apretaba con tres cuerdas llenas de nudos, de modo que entraban en la carne, y causaba lástima; cuando oraba se daba tan fuertes golpes de pecho que se ponía lívido. Un día se detuvo á dos pasos del enemigo para oír misa. En el sitio de Quimper corrían peligro sus soldados de ser arrebatados por la marea, y él dijo: *Si Dios quiere la marea no nos hará nada*. Por fin tomó la ciudad y fueron degollados muchísimos. Carlos así que entró, corrió á la catedral á dar gracias á Dios y después mandó cesar la matanza.

»No tenía compasión ni de sí mismo ni de los demás; creíase obligado á castigar á sus adversarios como rebeldes. Cuando principió la guerra sitiando á Montfort en Nantes (1342), arrojó á la ciudad las cabezas de treinta caballeros. Montfort se rindió y fué enviado al rey, y este faltando á la capitulación le encerró en la torre del Louvre.

rey de Francia le atacó é hizo prisionero. Juana de Flandes, su esposa, le reemplazó á la cabeza de los suyos, diciendo: «No es más que un hombre menos;» y continuó peleando por mar y tierra, sostenida por los ingleses, que hallaban en aquella provincia un precioso punto de recalada para ir contra Francia.

En fin, Juana de Valois, hermana de Felipe VI, consiguió desde lo interior de su convento ajustar una tregua. Según los términos del tratado, debía devolverse la libertad á Montfort; pero Felipe VI le detuvo prisionero; hizo también dar muerte al valiente breton Oliverio de Clisson, porque hablaba elogiando á los ingleses; otros fueron igualmente acusados ó amenazados. Habiendo reducido Felipe las monedas á una quinta parte de su valor, é impuesto una gabela sobre la sal, á Eduardo se le ocurrió decir: «Reina verdaderamente por la ley Sálica;» y respondió á este epigrama, tratándole de mercader de lanas, y ambos se prepararon á pelear de nuevo. Pero en esto murió Juan de Montfort. Habiendo favorecido Arteveld á los grandes fabricantes con detrimento de los pequeños, irritó á estos últimos, que se sublevaron y le dieron muerte detrás de sus barriles de cerveza; de lo que resultó que Eduardo vió pérdidas la Flandes y la Bretaña.

Aunque los normandos se hubiesen emancipado de Inglaterra hacia un siglo, los reyes de aquel país los consideraban todavía como su herencia; pero ellos mismos no olvidaban que sus padres habían conquistado la Inglaterra, y se proponían nada menos que renovar la invasión de Guillermo el Bastardo. Sometieron su proyecto á Felipe, pidiéndole su hijo para jefe de la expedición, ofreciendo además encargarse de todos los gastos: ya habían convenido entre sí los dominios que cada uno adquiriría por su parte, y de que debían despojar á los barones ingleses. Ignórase por qué no tuvo este proyecto consecuencia: de todos modos,

«La condesa de Monfort (dice Froissart), que tenía el valor de un hombre y el corazón de león, y estaba en Rennes cuando supo que había sido preso su hermano, sintió el dolor y rabia consiguientes, y que cualquiera puede figurarse, porque pensaba que le quitarían la vida y no se contentarían con aprisionarle; pero aunque tenía el corazón henchido de dolor, no se portó como una mujer de pocos ánimos sino como un hombre acalorado y fiero, fortaleciendo á sus amigos y soldados y enseñándoles un hijo pequeño que se llamaba Juan, como su padre, les decía: *Ah! señores, no os desaniméis, ni os entristecáis por monseñor á quien hemos perdido; era un hombre solo; ved este pequeño mí, que si Dios quiere será su vengador y os hará grandes bienes*. Sitiada después en Hennebon por Carlos de Blois, quemó en una salida las tiendas de los franceses, y no pudiendo volver á entrar en la ciudad, se fué al castillo de Auray; pero pronto reunió quinientos hombres de armas, acometió de nuevo el campo de los franceses y volvió á Hennebon con grande alegría á son de trompetas y timbales.»

es cierto que la Inglaterra lo hizo publicar por todas partes, lo cual irritó estremadamente á la nobleza inglesa. Un mismo sentimiento de odio contra los nuevos normandos reconcilió á los antiguos con los sajones, abandonóse la lengua francesa en los actos públicos, lo que contribuyó á fortificar la unidad nacional; todos pidieron á grandes gritos la guerra, y Eduardo la declaró (1346).

Batalla de Crecy.—Encontraron los ingleses á la Francia inerme desde que la buena administración real había hecho desaparecer las guerras privadas, y el país, tan culto, fué asolado por las partidas mercenarias galas é irlandesas: Caen, Saint-Lo, Louviers, fueron saqueadas; pero avanzando Eduardo por el país, pronto se halló rodeado por un numeroso ejército francés, y se consideraba ya perdido cuando se le indicó un vado del Somma. Alcanzólo Felipe en Crecy (26 de agosto). Los arqueros genoveses colocados en primera fila permanecieron inofensivos estando sus cuerdas mojas; y mientras los franceses se arrojaban con un ardor que se asemejaba á la rabia, sin conservar ningún orden, los ingleses se mantuvieron firmes en su ventajosa posición, y haciendo uso por primera vez de las piezas de artillería de campaña, desbarataron la caballería enemiga. Portáronse los señores franceses como héroes, pero una vez caídos, el peso de su armadura les impedía levantarse y eran asesinados por los puñales de los soldados de Gales y Cornualles. Once príncipes, ochenta abanderados, doscientos caballeros y treinta mil soldados quedaron en el campo de batalla. Al principio de la pelea, se anunció al rey de Inglaterra que su hijo Eduardo, de edad de trece años, se encontraba en gran peligro y que corriese á salvarle; pero él contestó que mientras estuviese vivo, no viniesen á requerir su ayuda, y que aun le correspondía ganar sus espuelas. En efecto, desde este día el joven Eduardo fué terrible á los franceses, bajo el nombre el Príncipe Negro.

Esta batalla, que señaló el triunfo de la infantería sobre la caballería, de la nueva táctica sobre la antigua, de las tropas mercenarias sobre los ejércitos feudales, tuvo por consecuencia la toma de las ciudades marítimas. Calais, donde se abrigan numerosos corsarios, fué tomada después de una tenaz resistencia, y poblada de ingleses que por espacio de doscientos diez años conservaron esta llave de la Francia.

Peste negra.—Aunque una tregua hizo suspender las hostilidades, el desaliento reinaba en todas partes, aumentado por los estragos de la terrible peste que asoló entonces á la Europa bajo el nombre de peste negra (1348). Se desarrolló en Egipto y Siria con tal furor, que perecieron en el Cairo de diez á quince mil personas por día; Gaza perdió en seis semanas veinte y dos mil con casi todos los animales. El árabe Kara-Caleb, después de haber comparado los muertos á las arenas del mar, evalúa su número en cien millones. El comercio introdujo el azote en Chipre; y temiendo

los musulmanes que los esclavos no se aprovecharían del desorden para rebelarse, pensaron en darles muerte, cuando de repente la tierra tembló y los bajeles fueron sumergidos; aquellos que huían de la enfermedad fueron sepultados en los abismos: además, el huracán lanzó al mar innumerables langostas, cuyos cadáveres, rechazados á la playa, acabaron de infestar el aire. La Grecia permaneció mucho tiempo cubierta de una espesa niebla.

De allí pasó la peste á Italia, donde cortó preciosas vidas, pudriéndose las mieses sin cogerlas. Venecia perdió cien mil habitantes y Florencia otros tantos. En Pisa murieron siete de cada diez; en Siena, ochenta mil en cuatro meses, cuarenta mil en Génova, ciento sesenta mil en Roma y otros tantos en Nápoles, y en todo el reino quinientos treinta mil. En muchos puntos no quedó más que una décima parte de los habitantes; no sobrevivió en Trápani ni uno solo. Pasó después el azote á España y Francia, donde sólo en París morían quinientas personas diarias; después en el año siguiente invadió la Inglaterra, donde por espacio de nueve años se llevó 50,000 cada año; á Islandia que quedó despoblada; á Alemania y á Holanda, donde fué precedida de terribles terremotos y extraordinarias lluvias; decíase que había perecido la tercera parte de Europa. Comenzaba el mal con una fiebre muy violenta, á la que seguía el delirio, el estupor y la insensibilidad. La lengua y el paladar se ponían lívidos y el aliento fétido. Gran número de personas eran atacadas de una violenta peripneumonia acompañada de hemorragias instantáneas, y manchas negras indicaban la gangrena. La mayor parte perecían en el mismo día; si aparecían abscesos en el cuerpo, el enfermo se salvaba; pero no se conocía ningún remedio en lo humano.

Los disciplinantes.—La desgraciada Alemania tenía también sobre sí una escomunion; de modo que á esta horrible muerte, veían suceder una condenación segura. Concedió el papa indulgencias á aquellos que se dedicasen al cuidado de los enfermos. Un documento asegura que sucumbieron 124,434 frailes franciscanos; pero se confundieron los excesos de devoción, de locura y de libertinaje. Bandas de disciplinantes recorrían las ciudades y campos azotándose hasta derramar sangre, cantando salmos y letanias. Dió principio esta costumbre en Alemania; y doscientos de aquellos fanáticos, que habían venido de Suecia á Spira, se colocaron en círculo al rededor de la iglesia, y vestidos sólo con los calzoncillos se paseaban uno detrás de otro, cruzados los brazos, para recibir del vecino la disciplina, que devolvía á su vez; todo esto con actos de fe, adoraciones y cantos en lengua alemana. Uno de ellos se puso después á leer una carta, que decía llevada por un ángel á la iglesia de San Pedro en Jerusalem. Ahora bien, esta carta anunciaba que Cristo estaba irriado contra el mundo por sus pecados; pero que por intercesión de la Virgen Maria, quería conceder